

Poeglíficos

COLECCIÓN LETRAS



poesía

SILVIA PRATT

Poeglíficos



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Poeglíficos

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Silvia Pratt Navarro

ISBN: 978-607-490-353-9

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 226/01/41/21

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Para María de los Ángeles González de Cosío,
más que una amiga, una hermana*

Alcé la cara al cielo,
inmensa piedra de gastadas letras:
nada me revelaron las estrellas.

“ANALFABETO”

OCTAVIO PAZ

POEFANÍAS

Observo en el cielo los enigmas de la noche.
Descubro en los ríos las venas del planeta.
Descifro jeroglíficos.
Interpreto transcripciones.
Releo epitafios.

Araño las piedras hasta que mis dedos sangran
y mis uñas se destrozan.
Deambulo entre grutas y escondrijos
hasta advertir la más terrible oquedad.

Siempre en busca de una certidumbre.

Con mis brazos abriéndose
como abanicos para abrazar el mundo,
leyendo en la flama mi destino,
encontrando lápidas gélidas,
danzando alrededor del fuego como luna
que persigue su propia luz en noctámbulos viajes
y que oculta su luto
a la sombra de estrellas.

Y siempre el vacío.

¿Qué revelas hoy, luna de las siete noches?

Dime, luna,
¿qué hay detrás de tu máscara sagrada?
¿Por qué tantos universos,
por qué mundos tan distantes
que revelan astros nuevos?

¿Qué hacer con el lastre de la incertidumbre?
¿Qué hacer con los escollos de la noche?
Dudas, ausencias, extravíos,
y la luz se vuelve ajeno.

Funesta visión,
la muerte en su atalaya
como hechicera del mal.
Monstruo, artífice de escarnios,
ciegas órbitas de ojos huecos,
voz opaca.

Debo encontrar la raíz del alba.

Habré de visitar el tártaro,
una voz me guiará en las sombras.

Dimensión amorfa,
tierra de fuego y de hielo.
Árboles enarbolando su lastimera desnudez,
ríos de lumbre.

Inframundo nauseabundo

inmundo inframundo.

Infratierra, arcillez de arcilleces.
Infrarrío, añil de añiles.
Infraviento, grisura de grisuras.
Infracuento, rojedad de rojedades.

Subyugada por los cielos, la infratierra.
Raíz del barro, humus estéril, cántaro infértil,
útero para los durmientes y cuna de sarcófagos,
albergue de cadáveres.
Origen de grietas y estremecimientos de los suelos,
imagen del orco más aterrador.
Resonancia del averno, aleteo de mariposas negras.

Entrañable entraña.

Infratierra terminal,
la ceniza vuelve a ser ceniza.
Polvo somos y polvo seremos.

Inmerso en el movimiento, el infrarrío.
Devenir de la vida y de la muerte.
Ascenso y descenso de las aguas.
Cauce de tormentos y tribulaciones,
de quemaduras, temores y olvido.

Líquido primigenio, linfa lapislázuli,
escalofriante, rompientes a raudales.

Estirpe de ciénagas.

Infrarrío terminal,
el agua vuelve al agua,
pero jamás su cauce purifica.

Arrastrado por su brío, el infraviento.
Monstruoso ojo de huracán devora todo,
embudo que succiona fuerza,
que engulle el alba y el ocaso.
Ráfagas lancinantes, árboles sin raíces,
cuerpos sin alma.
Espiral ciclópea.

Éter de éteres.

Infraviento terminal,
aves sin alas,
alas de ángeles caídos sobre el barro.

Envuelto en fiebre, el infrafuego.
Llamas como olas,
campo yermo, rispidez de rocas, ríos con sed,
esqueletos de peces, las escamas son tizones,
piel sin fragancia, aroma a muerte.
Siseantes serpientes serpentean sinuosidades,
avidez de dragones.

Lumbre lapidaria.

Infrafuego terminal,
la llama al fuego,
el cuerpo a los rescoldos.

Hacia el último santuario de la tierra
nos dirigimos.

¿Acaso se hallará en el mar,
del que sólo percibimos sus confines
y rozamos con los dedos,
pero reside a años luz de nuestra mano?

¿Acaso se hallará tras aquellos oasis
que tantas veces vuelven
como espejos clandestinos,
como impostores del agua?

¿Acaso se hallará tras la espesura de los bosques
como un telón de fondo inviolable,
como trampa de ramas
que oculta el claro en que nace la savia sagrada?

¿Acaso se hallará en la nieve inmortal,
donde el blanco resguarda un racimo de matices

y de tan blanco ciega las pupilas
con sus bríos calcinantes?

¿Dónde encontrar aquel santuario?

Seguimos la ruta de los ancestros.
El eje de la tierra permanece inerte,
sólo nos dirige.

Por momentos, rastros falaces,
huellas que los arcanos dejan para confundirnos.
Y sigue viva la voz de nuestros mayores.

Soberano de las aguas, que conjuras tu propia sed.
Monarca de los arenosos dédalos.
Padre de los ancianos árboles.
Señora de las níveas nieves.
Señor de las tormentas y de los tormentos.
Sacerdotisa que invocas la reciedumbre del mundo.
Deidades todas, patriarcas del cielo y de la tierra.

En esta encrucijada que es la existencia,
muestren sólo un indicio, un ápice de flama,
un salmodiar de abejas,
una señal que descifre el lenguaje de las aves.

Profiere una voz

que ha palpado cúmulos de arena,
abrasadora y purificante,
y que bendice su piel.

Manifiesta una voz

que sus pisadas absorben
no sólo el ardor de los suelos,
sino el humus que fraguó al hombre.

Sentencia una voz

que en sus labios balbucea
el eco de dunas solitarias
o de aquellas con rostro de medias lunas.
Dunas que son olas, que son hilos.
Crestas arenosas como esbozos de espada,
como vislumbre de estrellas.

Atestigua una voz

que intuye la llegada del simún,
ángel de viento, mensajero celeste, soplo divino,

que se percibe en los matices del cielo.
Barlovento y sotavento.

Revela una voz, tu voz,
que los médanos son siluetas de serpientes
y las hondonadas, cuevas de alimañas.
Que en el ocaso del desierto todo es mutismo,
pero ciertas notas surgen en el canto de las dunas.

Donadora de vida la tierra,
pero también engendra el reclamo de los muertos.

Útero nutricio:

Ruega por nosotros.

Urna para los difuntos:

Ruega por nosotros.

Tierra primigenia:

Ruega por nosotros.

Tierra postrera:

Ruega por nosotros.

Tierra prometida:

Ruega por nosotros.

Mediaumbría.

Mediocielo entristecido por los dioses
que se hundieron en tinieblas.

Medialuz de estrellas tímidas
que gestan sueños en nosotros los mortales,
aunque sean vestigios o presagios del misterio;
medialuz de luciérnagas abatidas por la lumbre.

Mediofuego de hogueras subrepticias
que se ahoga con el mínimo soplo;
mediofuego que invoca salamandras legendarias.

Medioespacio donde fragua sus huellas el destino.

Medioviento que anhela convertirse en vendaval
para arrasarse con ímpetu.

Mediorrío que corre con premura
sin encontrar su origen.

Mediaisla atada al corazón de la tierra
con cadenas que forja el tiempo sosegado.

Mediopolvo hacinado en lápidas y en catacumbas.

Mediasombra, claroscuro del perfil de objetos suspicaces
que a medianoche revelan un sinnúmero de formas.

Mediavoz de cigarras balbuceando, maldiciendo,
conjurando las penumbras insalvables
del sonámbulo éter errabundo.

Mediavida de rastros de rocas devastadas por bríos erosivos.

Medioinstante del mar cuando crece la marea.

Medialuna.

Un sinfín de epitafios clama por sus dueños,
un corifeo de letras recita alabanzas
y repite en miríadas
que la muerte habita en ese suelo,
que los cadáveres son el alimento de la tierra,
que la ceniza es el abono para nuevos brotes,
que todos seremos el humus consagrado,
que una fosa nos aguarda.

¿Dónde descubrir el misterio de la muerte?

¿En el ayer que conserva la rueda de los tiempos?

¿En el porvenir que gestan las aspas de molinos febriles?

¿En imágenes rupestres que aún nos hablan?

¿En jeroglíficos que albergan entresijos velados?

¿En la revelación de un ideograma?

¿En la vetustez de un sarcófago?

¿En la propia esencia de la tierra?

Palabras enmudecidas.

Parece que no desearan desentrañar nuestras dudas.

¿Por qué no conjuramos que se manifieste un enjambre de luz,
esas huestes de diáfanas presencias que transitan en el cosmos?

En el firmamento busco

una señal de la vida que se encaja en las uñas
como filos de luz, de lunas y de soles,
o quizá como la chispa de un espejo clandestino
que atrapa el mirar de la caverna.

Acaso habré de incursionar
en los ácidos suelos pantanosos del submundo
para socavar la certidumbre que mis ojos intuyen
tras el velo que obnubila las vivencias.

¿Qué encontraré en ese camino empolvado por los siglos,
por el eco de las eras que aún retumba en los muros salitrosos?

¿Hallaré algún indicio, oculto en la silueta
que se esfumó entre sombras
o tal vez en la semilla de granada
que mantiene vivo el aroma de la primavera?

Me atreveré a visitar el abismo,
a escudriñar en la pupila de los muertos

para encontrar resquicios,
el oráculo sin nombre o el enigma
que dirija mis huellas nuevamente.

Ciertos días o ciertas noches
tras un velo translúcido
se nos revela el entresijo de las cosas.

Cierto es que la aurora
refleja el sol en la cúspide de las montañas,
que cada cumbre es un pabilo encendido,
una capilla ardiente, una lasca ígnea,
una siempreviva.

Cierto es que el rostro de la vanidad mora en el agua,
que la luna custodia su perfil sombrío
y que el dolor se gesta en ortigas y abrojos.

Cierto es que la grisura de las nubes
derrama pesadumbre,
que la tierra sedienta clama por el llanto
y que gime cuando el odio la horada.

Cierto es que el árbol huérfano en la nieve,
con sus ramas desnudas,

como estatua viviente
soporta la algidez de la melancolía.

Pero insisto:
cada instante repite incertidumbres.
Desde que miré por vez primera el infinito,
jamás el rostro de una nube ha sido el mismo.
Un lenguaje singular se encubre
en la urdimbre de reliquias y pictogramas.

Todo sonido es un enigma:
los murmullos, los clamores, los suspiros
y la armonía de las esferas.
Cada acorde trasmite hasta los ríscos.

Horizonte sin develar,
un pentagrama la existencia.

Con voraz curiosidad
anhelamos discernir en qué códice está escrito
el verdadero sentido de vivir.

COSMOFANÍAS

Vengo hasta aquí,

al seno de los bosques boreales
para alcanzar mi esencia, el origen de mi nombre.

Mi piel se impregna del reflejo azul que habita a lo lejos,
en las pasmadas cumbres
donde la nieve en su guarida yace.

Las sílabas del siseante viento repiten apenas un susurro
en un silbo de sibila salmodiante.

Ella abre los ojos ante el hueco de mis pasos.

En cada esquirra de pino

cada letra reproduce esporas de polen en legiones.

Y fragmentada estoy,

contemplando aquí

lo que sólo mis ojos me permiten comprender:

un único horizonte.

Ahora sé que hay tiempo más allá.

Un enigma que no cabe en el silencio,

aunque puede en un grano de sal eternizarse.

Y yo me entrego a las aguas del vivir
mientras Algo me espera en otro sitio.

La primera vez que vi el mar
supe que podría devastar su colorido,
pero una ola se infiltró en mis ojos
y desde entonces
un amargor calcinante se gestó en mis pupilas.

Aquel dañino halo salobre
fue la sola certidumbre
que se incrustó en mis venas.

Sentí pavor ante lo inmensurable
y, como aquel anciano que se apoyaba en su báculo,
tuve que arrancarme los ojos para no ver más.

No conocía la nieve.

No conocía el golpe gélido del viento,
la boreal latitud que me sedujo.

Ante mí, el cristalino blancor jamás imaginado.
La blancura virgen,
sólo apenas acariciada por el fulgor feraz.
No era el reflejo de las nubes
ni el destello de un campo de algodón
ni un santuario de plumas níveas.

No conocía la nieve,
pero encontré en ella mi linaje.
El frío ahora me reconoce.

Cuando quema la piel,
es idéntico al dolor que corrompe los huesos.
Sé que en la cumbre reina la diosa envuelta en copos,
que su esencia se repite en cada escarcha,
que alas de etéreos elfos o de mariposas
abrevan en el manantial nevado.

No conocía la nieve.
Y hoy le pertenezco.

Cual efluvios de canela,

la neblina impregnó mi cuerpo.

Sucumbí ante aquella esencia.

Rezumaban frío paredes y ventanas.

Un objeto incierto me sedujo, maligna albricia.

A muy temprana edad

mis dedos develaron la caja de infortunios.

Disfrazada venía la muerte en fragancias ignotas.

Desde entonces, los bálsamos invadieron mis poros:

finas hierbas en el día, especias fuertes en la noche.

Aromas de maderas milenarias:

pino, sándalo, huanacaxtle, como un rito.

Sahumerios. Copal de mis ancestros.

Aquella dama negra o blanca,

acaso gris,

exhalaba con su séquito un soplo nauseabundo.

Y me transformó en su esclava.

Cicatrices,
reminiscencias de aquel humo noctívago,
origen de mis fervientes miedos.

En el retumbo del mar

descubro el rumoroso canto de sirenas.

Me llama lentamente
hacia la turbulencia azul indescifrable,
me conduce hacia la sombra que cubrirá mi piel
con la marmórea rigidez cubierta de pátina.

Cada vez que me seduce el líquido horizonte,
escucho el susurro de la muerte.

Renace en mis oídos el legendario transitar hacia un averno,
vaticinio de penumbras,
o son acaso los remos del mítico barquero
los que exigen mi presencia.

Millones de alas

provocan un vaivén perenne con su canto.
Y nadie se percata.

Los pájaros no cesan de entregar sus loas,
de elogiar a los dioses que en el universo habitan.

A diario escucho aquel clamor,
pocas veces he visto su agonía,
pocas veces he visto sus cadáveres.
Quizá las aves se refugian en santuarios.

Tengo la certeza de que cada trino
palpita en las estrellas
al ritmo de nuestras pulsaciones.

Tengo la certeza de que en algún lugar del mundo
existe un cementerio de aves.

Tengo la certeza de que jamás perturbaré aquel lugar,
espacio sacro de silencios.

Mi piel, jirones enlutados.

Territorios densos que resguardan
a esa mariposa lastimada que soy yo misma.

Al nacer, no tuve más ropaje que la penumbra.

Dos arácnidos forjaron mi sendero:
el ovillo inagotable de una araña entramó mi destino
y un alacrán encarnó en mi pecho
infiltrándome gota a gota el aguijón del dolor.

Al dormir, la insidia de la telaraña me trastoca con sus redes.
Despierto y la primera imagen que vislumbro
es el negro dardo apuntando hacia mí:
la punzante picadura de la muerte.

En las llamas descubro el crepitar de la existencia.

Al amanecer somos como el ave fénix,
el ave posee un espíritu único,
pero renace en cada uno de nosotros.

El fuego transmutó su esencia
haciéndola emerger de las cenizas.

Así nos acontece noche a noche,
así la travesía del sueño.

¿A qué lugar nos dirigimos?

Y cada vez la interrogante va gestando un estallido.

Esta noche he de arder, salamandra viva,
he de consumirme entre los leños.

Hasta que los tizones no tengan un átomo de luz.
Hasta que la última esquirra fenezca
y la sombra del fénix recubra el otro lado del planeta.

La caracola ancestral repite hoy,
como siempre,
el clamor del mar en el alba
y su gemido en el crepúsculo.

Esa caracola nunca desfallece,
no se hastía de reiterar uno a uno
los vértigos del agua,
la pleamar y la bajamar,
los rugidos y los susurros de las olas
y su rompimiento contra los riscos incólumes.

Siempre ahí.
Como testigo del océano,
como testimonio del oleaje.

La caracola resguarda un tropel de siglos,
inmortaliza en su espiral el tiempo.

Caracola reina,
albergas el origen de la vida,

recuperas los instantes primigenios,
eternizas el canto del mar,
pero también como esqueleto
revelas la muerte
en el vacío de tu entraña.

Resuena la caracola
y su eco retiembla en el universo.

Lo anuncia el cielo, lo repite el mar,
lo confirma el aire, lo reitera la tierra.
Y lo confiesa el fuego.

Susurran en coro que la muerte acecha.

Ni la nieve es capaz de sepultarla
ni las dunas más profundas pueden soterrarla
ni las nubes más encumbradas consiguen desoírla
ni los vientos más voraces permiten arrastrarla.

El signo de la muerte está ahí,
en nuestra propia piel.

Pretendo encallar en el alma del océano,
penetrar en el seno de un arrecife.

¿Cómo hacerlo,
si conozco tan poco del palpitar del oleaje?

Pielágos hambrientos.
Soledad que anida soledades
a pesar de los cardúmenes.

Salgo del mar
para que el viento arrastre la sal de mis entrañas.

Sólo la liviandad de la brisa
logra amainar el dolor de mis poros,
que sangran de día
y supuran de noche.

Esa señal del agua

que se revuelca entre las olas
se oculta como si buscara
un refugio en las crestas líquidas.

Esa señal desaparece
y vuelve a gestarse
infinitamente.

Esa señal desea comunicarnos
que el océano en calma
es como un día de sol,
pero él mismo se trastoca en noche
y es terror entonces.
Es miedo, angustia, negrura.

¿Cómo confiar en las olas traicioneras,
cuyos embates a nadie respetan?

¿Cómo creer que la señal del agua es tan pura
como para borrar cualquier pecado?

El mar no es un paraíso.
Quizá sólo un reflejo de él
se arraiga en los arrecifes,
en los fondos marinos.

¿Qué misterio encubre la arena de esos piélagos
que esconden en sus oquedades la verdad?

En esta tierra

construimos una casa perentoria,
una morada como templo,
donde se escucha el palpitar del cosmos.

Santuario de urdimbres cardinales,
cuna del hielo, del ímpetu boreal, de la linfa del oleaje,
germen de los árboles,
del fuego que impulsa el eje terrenal.

Un refugio transitorio,
textura cotidiana forjada con horas y minutos,
mientras hallamos el sentido de los días
y el derrotero de las noches:
ilegible transitar.

Porque así lo afirman mis antecesores,
partiré de esta tierra en un corcel albino,
señal de la muerte blanca.

Alas de ángel, mina de sal, arcilla pálida,
paraíso de luz,
donde las tinieblas pierden su linaje y su color,
y la suma de todos los colores
revive en un halo límpido,
en la perpetua escarcha,
en el sitio en que habita la diosa de los glaciares.

Porque con sus distintos nombres
los enigmas se perfilan en el contorno de la nieve.

Porque la nieve existe para cubrir el luto negro.

PETROFANÍAS

De ahora en adelante,

seré como las rocas
porque los vientos y las tormentas
erosionan mi cuerpo.
Pero aún no devastan mi médula.

En el aullido del aire
escucho un cántico ancestral
pletórico de notas apenas audibles,
apenas susurros por descifrar.

Un compás de réquiem
se adivina en la premonitoria melodía.

El cementerio más antiguo de la tierra
alberga la ceniza,
una voz se enclaustra,
un nombre permanece.

Las tumbas nos separan de los muertos.

Signos, números tal vez,
los ha borrado el transcurrir de los días,
la erosión del agua y del viento.

Los sepulcros permanecen hasta el final del mundo.

Nadie puede molestar a los difuntos,
la losa es el testimonio de una huella.

Un ramo de nomeolvides
sobre el mármol se marchita,
el epitafio impide que su aroma penetre.

Réplica cósmica y celestial, el templo.

Recinto de dioses,
envarado en los ejes del mundo.

En busca de un paraíso extraviado
las multitudes peregrinan a los centros sagrados
y llegan con los pies sangrantes.

Sin embargo,
faltan ofrendas en los altares,
faltan plegarias que alejen las desventuras,
faltan cánticos que se asilen en los muros.

Nos hemos olvidado de orar,
de emitir nuestras súplicas a las estrellas,
de colmar con nuestra voz la cúpula del firmamento.

El pórtico abre sus alas para ampararnos.

El rosetón del templo
resguarda el misterio del mito.

Resalta el candelabro con sus brazos de luz
como pupilas vivaces.

Todas las velas encendidas
conforman un discurso,
el fuego de los dioses
pervive en nuestras manos.

Partitura silente.
Las flamas se encumbran y descienden
como notas en pentagrama.

Hay que saber leerlas,
hay que saber interpretarlas,
hay que saber vivir el fuego
en el alma y en el cuerpo.

Cartas en la pira,
la letra se incinera,
pero resurge de sus cenizas,
el humo en plegarias la transforma.

Afuera
el ulular de la lechuza es un himno.

Guardianas que vigilan la tierra,
las pirámides son estoicos testigos
de nuestra presencia.

Zonas sagradas, *axis mundi*.

Temple de montañas,
en su seno atesoran memorias, mitos, leyendas.
Sus cuatro rostros de cara al sol
escudriñan los cuatro flancos del planeta.
Las uñas del viento
rasguñan apenas su pétrea piel.

Reverberan los siglos
y ellas se eternizan percibiendo el pulso del mundo
y sus trepidaciones en todas latitudes.

Vigilantes de los ocasos y las auroras,
dialogan con lunas y soles,
guardan en su entraña el escrutinio de los muertos.

Sobre los suelos

derrama su sombra la esfinge.
Sus pupilas traspasan la luz,
se perpetúa en el silencio
por los días de los días.

Vigila a los vivos y a los muertos.
Observa la palpitación de los astros.
Transmite la certidumbre de la permanencia.

Con sus garras acechantes
el soberano león aniquila el mal.

Su enigma inmortaliza
la mirada de la roca.

Piedra sobre piedra,

así se construye el templo y el albergue,
así se edifica la existencia.

Rocas vivas, cimiento de los recintos
donde habitan las divinidades,
rocas que sangran por el golpe del mazo y del cincel.

Megalitos, túmulos, menhires y dólmenes,
nos observan,
nos escuchan,
nos hablan.

Piedra negra.

Piedra talismán.

Piedra ciega.

Piedra de luz.

Betilo, piedra de culto.

Altar, piedra de sacrificio y renovación.

Pila bautismal, cuenco de rituales donde el agua purifica.

Centro del mundo, la piedra madre.

Omphalos.

Nuestros ancestros

grabaron jeroglíficos sobre la roca.

Observo rostros tallados sobre su epidermis,
semblantes que no reconozco, pero renacen en mí.

Y busco una respuesta en ellos.

Cuántos recuerdos se petrifican en la memoria.

Entre tantos escollos,

¿cuál es la piedra fundacional
sobre la que se asientan las certitudes?

Roca de sal mi cuerpo.

Y grabo en ella mi nombre
como testimonio de mi paso por el mundo.

Con guijarros está construido
mi propio laberinto.

Íntimo santuario.

Lo recorro una y otra vez,
de día en la rutina cotidiana,
de noche en los sueños confusos.
Sin puertas ni ventanas
es temible no ver nubes ni estrellas.

Que alguien me ofrezca un filamento de fulgor
para encontrar la salida.
Que alguien me ofrezca un báculo
para hacer menos dolorosos mis pasos.

Cruce de caminos:

tiempoluz.

Encrucijada:

luzumbral.

Danzas laberínticas.
Emblema cósmico.
Brama briosa la Bestia.

Los dédalos nos guían
por las sinuosidades de la realidad
y por las vastedades de las quimeras.

Vericuetos que traicionan.
Truculencias del espíritu.
Coordenadas de vida y muerte.
Un dédalo conduce a la médula de la tierra
y otro a la cúpula cósmica.

No he de regresar al mismo punto,
he de avistar un día algún resquicio.

Me resisto

a confinarme en la gruta solitaria,
a replegarme en el caparazón
que albergan mis entrañas,
sin que una gota de sol llegue a fecundarme.

Pero contemplo el itinerario de la umbría,
sus danzas lúgubres,
la lóbrega negrura que acompasa
la cadencia de siluetas difusas,
y me hipnotizan.

Como un imán me conducen
hasta el rincón más inhóspito de la caverna.

Pernocto ahí,
hasta que un destello roce mi piel,
si acaso me descubre.

El eco de las sombras danzantes
revela que mi destino es nunca más
mirar un ápice de luz.

Las estalactitas estoicas.

Hiriente el mutismo.

Aterrador.

Los murciélagos yertos
como pintura al temple,
como oráculos que anuncian mi devenir.

Vivos los colores,

vivas las figuras

que perviven en la epidermis de las cuevas
a pesar de los siglos.

Refugio de ancestros,

santuario que abriga un mundo en trazos,
universo sacro que resguarda el ayer.

Murales los lienzos rocosos.

Manos rupestres, pinceles los dedos,
testimonios que dialogan en silencio.

Líneas como cicatrices

que son flechas, que son ciervos,

que son rostros.

¿Cómo descifrar el signo de la imagen?

Hoy parece que todavía está fresco
el pigmento de las huellas.

Y nosotros tan ciegos ante lo incuestionable.

Troncos de vida,

puntales del cosmos

como manos que sostienen el firmamento.

Centinelas perennes,

testigos del transcurrir de las centurias.

Soberbias, imperiosas,

pilares marmóreos,

las cariátides sobre los hombros cargan el templo,

como toda mujer van cargando su propia existencia.

Por destino o expiación,

alojan en su seno la memoria.

Sobre su cabeza,

capitel de luz,

un cesto custodia oblaciones.

La túnica es reflejo de su alma,

y la trenza, vislumbre de su fortaleza.

No es fácil

soportar lo sagrado,

soportar la vida,
soportar el mundo.

Las cariátides nos aclaran incógnitas
mientras las aves se posan
sobre sus hombros descubiertos.

Ante la desnudez del sol,
líquida pesadumbre resbala de mis ojos,
que son de piedra como los de ellas.

Ojos vigías,

raíces arraigadas al mundo de los muertos.

Desde la atalaya se aprecia

la verdad de las cosas.

Torres de silencio.

Torres de luz.

Torres de marfil.

Torres de sal.

Torre de Babel,

puente entre el cielo y la tierra.

Argamasa entre piedra y piedra.

Cuna del cúmulo de lenguas,

Babel vive.

¿Cómo fundir todos los lenguajes en uno solo?

El algún lugar del orbe

se escucha el clamor de una única plegaria.

EPIFANÍAS

Entorno gris,

lluvia quebradiza, pero insistente.

Cuánta nube en el firmamento,
cuánto augurio,
cuánto celaje cubre nuestro destino.

¿Cómo encontrar tras el frondoso telón un arcoíris,
esa especie de visión ilusoria,
esa pasarela entre lo terrenal y lo celeste,
esa cuna para las almas que se encaminan hacia los dioses,
ese abanico de incógnitas que incita a revivir una esperanza?

¿Adónde partieron los pigmentos,
los matices de la aurora y del ocaso?

Gris plomizo,
tonalidad de agonía,
de vaticinios sombríos,
de angustia contenida.

El aire con grisáceos visos
impide que el destello reverbere
como guijarros de luz,
como luciérnagas en vilo,
como talismanes tornasolados,
en el cristal cortado de las copas
donde escanciamos los días.

Ese cristal se vuelve daga lacerante,
un péndulo entre la vida y la muerte.

Qué pavorosa seducción promete
un cráter, un arrecife, la guarida de una fiera,
aquel hueco del tronco milenario, la mística gruta,
el inframundo.

¿Serán acaso réplicas de la raigambre cósmica
que nos atrae en todo instante?

¿Quién puede confirmar que hacia allá iremos
cuando la fatiga nos devaste y busquemos un refugio?

¿Este cosmos que nos resguarda bajo su bóveda de estrellas,
donde las lunas transitan a sus anchas por la penumbra luminosa,
es de cierto la oquedad trastocada
o nos engullirá sin aviso alguno
el amenazante y tan temido agujero negro,
imagen del Abismo?

Órfico terror.

Antorchas vivientes las almas errabundas.

En la hondonada del instante
arrastra sus pasos la guadaña.

Noche de muertos, mediodía de existencias.
Urnas palpitantes, sacro fuego tiritando.

Ancestral mirada, cáliz de luz, sol de soles inspirando estrellas.
Equilibrio de astros, círculo sagrado.
Haz de voces, luna de lunas, ecos de sombras trashumantes.

Hoguera de platinados filamentos solitarios:
solitud de solitudes.

Ortos seductores, ardientes ocasos:
rito de crepúsculos.

Los muertos a veces nos visitan,
anhelan que sus rostros se cincelen
como tatuajes en nuestra memoria.

Vitrales noctámbulos.

En cuarto menguante
nos mecemos en la incertidumbre del vacío.

En cuarto creciente
nos mecemos en la certidumbre de la luz.

El novilunio engendra la oquedad.

El plenilunio acicala la esperanza.

Siempre así,
transitando entre lunarios.

Siempre en espera de la quinta luna,
el caldero donde se gesta el agua viva.

Qué hay detrás de ese enjambre
de nubes grises o tan negras
que alberga lo más lúgubre, lo terrible,
como aquello que aflora en una noche sin luna.

Ante mí se pronuncian los cielos.

Alas rasgadas de un ángel caído,
intersticios de incertidumbre.

Quién es capaz de correr ese velo de arcanos
que me carcomen
y se disfrazan de rayos y relámpagos
que ocultan subterfugios,
que vociferan que el instante huye
sin revelar dónde se agota el camino.

Y yo inmolándome en el cauce de mis días
mientras otro sino me acecha.

Me introduzco en el espejo,
ahí palpita la eternidad.
Percibo la voz del tiempo,
polifonía indómita.
Los glifos milenarios me hablan del ayer,
pero son también reflejo del mañana.

Un péndulo de cristal
destella entre los nimbos.

Lluvia de estrellas.

Así lo huidizo de la existencia.

Y en un pestañeo
se revelan y se diluyen.

Con ansias aguardamos esa visión
tan ajena a nuestra noche.

Con frecuencia
ignoramos ese jeroglífico estelar
y seguimos caminando.

Pero en el acontecer del cosmos
una vez más vuelve.
Nos recuerda que nuestro peregrinar
es pasajero
en este descomunal perol que es el universo.

Noche de luna nueva.

Oscuridad rebotante.

De súbito,
el cielo se trastoca,
una tormenta golpea los postigos.

En aquel vasto telón de fondo
un visillo se abre,
una luz rasga la opacidad,
serpenteante.

Un rayo nos apunta,
insiste en que siempre se avista un faro
después de la borrasca.

Ante la sorpresa que gestan las sombras,
el sol huye durante el crepúsculo.
Penumbra de presagio artero,
de salobres augurios.

¿Qué hilos se entraman
en los telares discordantes del azar,
en los confines del escabroso espacio?
¿Qué se gesta en la vastedad
de esas miradas ciegas bajo párpados durmientes?
¿Acaso revelan los decadentes juegos de la tarde
o la ilusión de estirar las horas hacia el desgastado Paraíso?

Quizás una sibila susurra un fangoso vaticinio
y no logro escuchar el balbuceo.

Timorato anochecer,
sólo la luna me protege.

Sigue su curso inmortal el universo.

Sobre sí misma la espiral celeste se ensortija.
Por doquier su estampa descubrimos.

Ouroboros.
Sierpe mordiendo la cola.

Espirales como signos del tiempo absoluto.
Como el sonido de las caracolas,
se repiten sin tregua
en las corrientes de los mares,
en las corrientes del firmamento.

Remolinos, escaleras de caracol, danzas giratorias.

Soy la derviche infatigable,
en el sueño y en la vigilia.

¿Hacia dónde me dirijo?
Salgo de un punto y a él regresaré.
Mi recorrido es sisifesco.

Retorno eterno, perenne renacer.

Me asegura el viento

que mi piel es arcilla y me resisto a aceptarlo
porque parece escarcha,
me promete que me brinda un sonido agudo
para alertarme de la muerte,
y estoy sorda.

Sorda ante la agitación del mar,
ante el poema sinfónico
que hace brotar flores y plantas.

Somos tan indiferentes
que no oímos el crujido de las minas de plata
ni el susurro de la savia del subsuelo
ni el concierto de los grillos.

Me confía el eco
que mi voz aflora
como nota invisible en la escala musical,
y estoy muda.

Muda ante la erupción de un volcán,
ante un eclipse de sol
que muestra enigmas del universo.

Me confía la aurora que acaricie la luz
y que cada gota de agua será un prisma,
pero estoy ciega.

Invidentes somos, a pesar de nuestros ojos.
No desciframos
qué nos ofrenda el fuego en cada flama,
qué nos ocultan los piélagos abisales,
qué balbucean los arrecifes de coral.

¿Cómo saber dónde se guarecen las grullas?
¿Qué encontrar detrás de un eclipse?
¿Cómo desentrañar si las cavernas marinas
disfrazan una brizna de sol?

Punto ciego el futuro.
Retina enceguecida por la luz.
Vacío de alma invidente.
Ceguera inerme el final de la existencia.

El ojo ancestral se hace presente.

Origen y fin.

El tam-tam del tambor no se detiene.

Al vuelo todas las campanas del mundo.

Las olas se duplican,

el hilo del laberinto se repite,

el sauce llora en todos los sauces,

el desierto se subleva.

Cuatro corceles se acercan cabalgando,

majestuosos.

Sus crines ondean al ritmo del viento,

sus patas levantan un polvo finísimo.

Nube sombría.

Se rompen las cuerdas de los instrumentos.

Pozos rebosantes de veneno.

Sal negra.

Ceguera de las aves.

Cuatro corceles se acercan cabalgando.

Moscas merodean alrededor de niños hambrientos
como si sus cuerpos estuvieran cubiertos de miel,
¿no son acaso esas moscas el presagio de muertes prematuras?
En su avance el caballo va arrojando migajas de agonía.

Y nosotros, indiferentes,
transitamos sin ver al temible animal
que hace escarceos hasta agotar el último mendrugo.

Cuatro corceles se acercan cabalgando.

Dolor y enfermedad en los cuatro confines,
con pócimas y brebajes los combatimos,
ni sibilas ni hechiceras logran detener el ímpetu
de aquel potro que salpica por doquier el mal.

Y nosotros, impasibles,
pretendemos ignorar al jinete
sin comprender por qué oculta los antídotos.

Cuatro corceles se acercan cabalgando.

Espada de dos bordes,
enfrenta cara a cara a los hermanos,
con su filo se atreven a arrancarse los ojos.
El brío equino siega vidas, corta péndulos.

Y nosotros, displicentes,
ante la cabalgadura rebosante de ira
que deja el suelo tapizado de cadáveres.

Cuatro corceles se acercan cabalgando.

En desbandada las bestias acechan.

Ojos de león en lugar de estrellas,
águilas que extirpan la piel y la devoran.

El cabalgante lanza legiones de hidras venenosas.

Y nosotros, desdeñosos,

vemos pasar al caballero negro con su látigo
sin haber descifrado las señales.

El árbol fundacional se deshoja.
Miríadas de aguijones de alacrán y mariposas negras
anuncian muerte.

Se trastoca el equilibrio del mundo.

Alfa y Omega.

Huixquilucan, Estado de México; octubre de 2017

Índice

POEFANÍAS

- 11 Observo en el cielo los enigmas de la noche...
- 18 Hacia el último santuario de la tierra...
- 20 Profiere una voz...
- 22 Mediaumbría...
- 24 Un sinfín de epitafios clama por sus dueños...
- 26 En el firmamento busco...
- 28 Ciertos días o ciertas noches...

COSMOFANÍAS

- 33 Vengo hasta aquí...
- 35 La primera vez que vi el mar...
- 36 No conocía la nieve...
- 38 Cual efluvios de canela...
- 40 En el retumbo del mar...
- 41 Millones de alas...
- 42 Mi piel, jirones enlutados...
- 43 En las llamas descubro el crepitar de la existencia...
- 44 La caracola ancestral repite hoy...
- 46 Lo anuncia el cielo, lo repite el mar...
- 47 Pretendo encallar en el alma del océano...
- 48 Esa señal del agua...

- 50 En esta tierra...
- 51 Porque así lo afirman mis antecesores...

PETROFANÍAS

- 55 De ahora en adelante...
- 56 El cementerio más antiguo de la tierra...
- 57 Réplica cósmica y celestial, el templo...
- 59 Guardianas que vigilan la tierra...
- 60 Sobre los suelos...
- 61 Piedra sobre piedra...
- 63 Con guijarros está construido...
- 65 Me resisto...
- 67 Vivos los colores...
- 69 Troncos de vida...
- 71 Ojos vigías...

EPIFANÍAS

- 75 Entorno gris...
- 77 Qué pavorosa seducción promete...
- 78 Antorchas vivientes las almas errabundas...
- 79 Vitrales noctámbulos...
- 80 Qué hay detrás de ese enjambre...
- 82 Lluvia de estrellas...
- 83 Noche de luna nueva...
- 84 Ante la sorpresa que gestan las sombras...

- 85 Sigue su curso inmortal el universo...
- 87 Me asegura el viento...
- 89 El ojo ancestral se hace presente...



Poeglficos, de Silvia Pratt

Navarro, se terminó de imprimir en
noviembre de 2021, en los talleres gráficos de
Graffia Diseño, ubicados en Leona Vicario núm. 1330-1,
Exhacienda La Purísima, Metepec, Estado de México, C. P.
52156. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su
formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo
Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix
Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Portada, formación y
supervisión en imprenta: Esmaragdaliz Isbeth Villegas
Pichardo. Cuidado de la edición: Grecia Yisel
Millán Herrera y la autora. Editor res-
ponsable: Félix Suárez.

